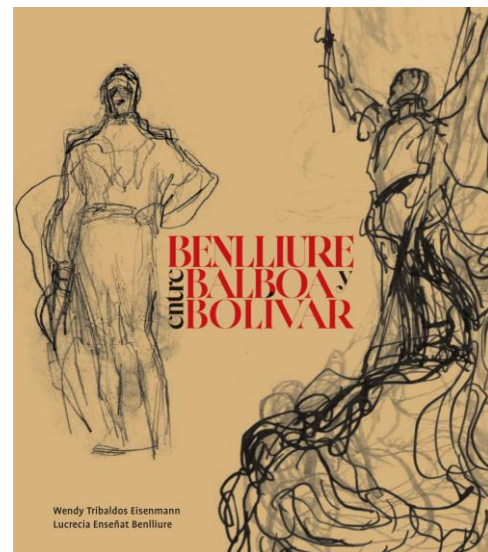


CUANDO LA MEMORIA SE VUELVE MONUMENTO

JULIA DEL CARMEN REGALES ARGUDO



Este fin de semana me puse a leer, contemplar y analizar con detenimiento el libro *Benlliure, entre Balboa y Bolívar*, de Wendy Tribaldos Eisenmann y Lucrecia Enseñat Benlliure. Digo contemplar porque esta no es una obra que se limite a ser leída: sus páginas exigen también la mirada lenta, esa forma de atención que permite escuchar lo que dicen los documentos, las fotografías antiguas, los dibujos preparatorios, las esculturas y hasta los espacios en blanco. Hay libros que informan; hay otros que, además, restituyen una atmósfera, despiertan una conciencia y nos obligan a volver a mirar aquello que, por estar demasiado cerca, habíamos dejado de ver. Este pertenece a esa segunda estirpe.

Desde sus primeras páginas comprendí que no estaba ante una publicación conmemorativa más, sino ante una obra concebida con grandeza intelectual, visual y patrimonial. En un país donde tantas veces los proyectos culturales se realizan con prisa, con recursos insuficientes o sin una visión capaz de reunir el rigor y la belleza, este libro representa una saludable excepción. Se percibe en él una voluntad de excelencia: investigar hasta el fondo, rescatar documentos dispersos, devolver nombres a quienes habían quedado en los márgenes y hacer de la historia una experiencia viva para el lector.

El trabajo de Wendy Tribaldos Eisenmann es, en ese sentido, admirable. Su investigación reconstruye el complejo proceso político, diplomático, económico y simbólico que hizo posible la realización de los monumentos dedicados a Vasco Núñez de Balboa y Simón Bolívar en Panamá. Lo que a simple vista parecería ser la historia de dos esculturas se convierte, bajo su mirada, en una radiografía de la joven República: sus inseguridades, sus aspiraciones, sus vínculos internacionales, sus disputas internas y su necesidad de encontrar figuras capaces de sostener un imaginario nacional.

Wendy no se conforma con repetir la versión solemne de los actos inaugurales. Penetra en los archivos, sigue el itinerario de cartas, telegramas, contratos, promesas, fondos y desencuentros; descubre omisiones, retrasos, contradicciones y personajes cuya participación había sido minimizada o prácticamente borrada. Gracias a esa labor paciente, los monumentos dejan de ser objetos silenciosos y comienzan a revelar las tensiones humanas e institucionales que los hicieron posibles. La historia, entonces, pierde su rigidez ceremonial y recupera su respiración.

Por su parte, Lucrecia Enseñat Benlliure nos permite entrar en el universo creador de Mariano Benlliure. Su aporte es fundamental porque desplaza la mirada desde la diplomacia y la construcción política de los símbolos hacia el taller del artista: el dibujo inicial, la búsqueda de la postura, el modelado, la relación con los materiales, las decisiones técnicas y el largo tránsito que conduce de una línea casi intuitiva al peso definitivo del bronce y la piedra.

Como psicóloga junguiana, me conmovió especialmente contemplar esos dibujos. En ellos la forma aún no ha nacido por completo; está buscando su centro, tanteando el espacio, emergiendo de una zona todavía incierta. El boceto guarda algo del sueño: contiene la imagen antes de que esta se vuelva consciente, pública y monumental. Lucrecia nos conduce con conocimiento y delicadeza por ese proceso creador, y convierte la historia del arte en una experiencia cercana, casi corporal.

Ambos trabajos dialogan de manera fecunda. Wendy nos muestra por qué Panamá necesitó aquellos monumentos; Lucrecia nos revela cómo Benlliure logró convertir esa necesidad histórica en lenguaje escultórico. Una reconstruye la voluntad política que convoca la obra; la otra nos acerca a la mano, a la materia y a la imaginación que le dieron cuerpo. Entre las dos se construye un relato amplio donde arte, poder, memoria e identidad dejan de ser territorios separados.

El valor continental del libro merece también ser destacado. Balboa y Bolívar representan universos históricos diferentes, incluso contradictorios, pero ambos fueron incorporados al proceso mediante el cual Panamá intentaba reconocerse y presentarse ante el mundo. Bolívar nos sitúa en la aspiración de unidad americana, en el sueño todavía inconcluso de una comunidad continental capaz de dialogar desde su propia dignidad. Panamá aparece allí como territorio axial de encuentro y concertación, como lugar donde las ideas de integración, soberanía y convivencia entre naciones adquirieron una dimensión histórica que aún nos interpela.

La obra nos recuerda, además, que los monumentos no son inocentes. Cada sociedad decide a quién levanta sobre un pedestal, qué memoria hace visible y cuáles quedan ocultas. Por eso este libro trasciende la biografía de un escultor y la historia de dos conjuntos monumentales: nos invita a pensar cómo se construyó el relato nacional, quiénes participaron en él y qué voces permanecieron fuera. Esa pregunta es indispensable en un continente que todavía busca reconciliar sus múltiples raíces indígenas, hispánicas, africanas, mestizas y migrantes.

Y está, finalmente, la belleza de la edición. La diagramación es excepcional. Los dibujos de Benlliure no aparecen como simples decoraciones, sino como una escritura paralela que acompaña y amplía el texto. Las páginas respiran; las fotografías, documentos y bocetos ocupan el lugar que necesitan; el rojo, el negro, el blanco y los tonos sepia crean una atmósfera sobria, elegante y contemporánea. La portada posee una fuerza inmediata, y la organización interna convierte al libro en un verdadero objeto artístico. El diseño y la edición realizados por el Consorcio Panalboa merecen

una felicitación especial, porque comprendieron que la forma de presentar la memoria también es una manera de honrarla.

Deseo felicitar profundamente a Wendy Tribaldos Eisenmann y a Lucrecia Enseñat Benlliure, así como a quienes hicieron posible esta publicación. Nos han entregado una obra rigurosa, hermosa y necesaria. En tiempos de velocidad, dispersión y desmemoria, han sabido detenerse ante dos monumentos que parecían conocidos y devolverles misterio, complejidad y voz.

Ese es, quizá, el mayor logro del libro: enseñarnos que el país también puede leerse en sus piedras, en sus plazas, en sus silencios y en las figuras que vigilan nuestras ciudades. Y recordarnos que una nación que no cuida su memoria corre el riesgo de caminar entre sus propios símbolos sin reconocerlos.

